

que la atraviesa, es raro que se conmueva con los pesares refinados por la civilización y el arte, que inquietan a los hombres y matan a las sociedades.

Uno de los fuertes móviles de nuestra indiferencia, consiste, sin duda, en la corriente exhibición de sólo el lado grato y placentero de la vida. Por allí se llega con asombrosa facilidad a un excepticismo cruel, de parte de quienes no tienen—como las masas—los alcances que permiten la crítica de las ajenas felicidades. Un joven estudiante considera la llamada vida bohemia como un gran desiderátum: el contacto con el amor y el vicio, revestidos de las sonajas del carnaval; las noches de placer estimuladas por el vino y adormidas por la música; las correrías libres, sin una severa voz que pueda alarmarlas, ni una perentoria exigencia de dinero que las quiebre; la delirante alegría que suponen los futuros neófitos bajo los párpados adormilados de todo calavera y detrás de la reseca piel de sus labios.

Para el pobre a quien no alcanza su soldada, y el artesano al que no alimenta su jornal, y el muchacho lleno de trampas que no ve nunca el sol claro, las consejas de vida reglona llevada por funcionarios derrochadores de salud y de dinero, son un estímulo a la tristeza y constante manantial de sorda envidia.

La artesana que ha merecido el contacto de las gentes ricas; y la muchacha del pueblo a quien los imprudentes padres han facilitado manera de que asome sus curiosidades de mujer por encima de los tabiques siempre bajos y mal vigilados del vicio fastuoso, vagabundo, perfumado y lleno de soñados deleites, forjan, a costa de sus desvelos unas "mil y una noches" donde todo personaje es una tentación.

Aspirando de continuo a lo superficial, creyendo que en el centro de esos misterios, y esos anhelos, y esas tentaciones, y esas brillantes luces se esconde la dicha, los unos se en-

caminan resueltamente a sorprenderla, y los demás sufren, resentidos de su parcialidad, llenándose el corazón de sentimientos corrosivos y deseos enconados de represalia.

No sé dónde buscaremos remedios a semejantes males. Las escuelas ignoran el vicio en cuanto a darle guerra; las familias son hechura de las escuelas; y en cuanto a las prácticas religioso-educativas, se concretan a empeñar en el catecismo la memoria de los niños, y a hacer como que les ocultan las realidades de la vida, sin mirar que son anchas las hendidias por donde, desde la tierna infancia, se dan el inexperto gusto de verlas, desnudas y palpitantes.

Como una contribución bien intencionada a la morigeración de las costumbres; siguiendo la sabia conducta del padre que, al ser advertido por la naturaleza de que el hijo entra en la pubertad, le llama y le abre los ojos con tierna y franca solicitud, descubriéndole todos los horizontes y señalándole los escollos, deberíamos levantar los velos y mostrar a los ilusos lo que ocultan detrás.

¿Cómo sustraer a los niños y a los jóvenes del contacto y reducirlos a que no respiren un ambiente venenoso? La calle, el parque, el paseo, la escuela, son emboscadas contra la moralidad de las familias: de unos aprenden los otros, con la desventaja de que la progresión es geométrica.

Aun tenemos derecho a proclamar patriarcales las costumbres; y con poca ayuda sería fácil arrojar lejos las simientes del mal y dedicarnos a confortar y robustecer el hermoso, pulcro y amable hogar antiguo. La civilización que nos invade, hace marchar de prisa, tanto más cuanto que falta la experiencia a nuestra vida, y con ella el necesario freno a los arrebatos de la novelería; pero si lo que nos espera son las escenas, y las costumbres, y los dramas, y la degradación que forman el subsuelo moral de las grandes capitales, constatemos el peligro y tratemos de